

hasta nuestros oídos momentos antes. Ya era tiempo de irnos á la cama y de prepararnos, con algunas horas de sueño, á la jornada del día siguiente. Sin embargo, antes de entrar á la *venta*, deseaba aclarar una duda en que me dejaba la relación del capitán.

— ¿Y su patria se ha acordado de Cureño?... pregunté á D. Ruperto. ¿Su nombre vivirá en la memoria de los mexicanos al lado del de el general á quien salvó con su heroico sacrificio?

— Hay, contestó D. Ruperto, algunas líneas consagradas al viejo soldado por los historiadores de la guerra de independencia: esa ha sido toda su recompensa, y cuando haya desaparecido de México la raza enérgica de que fué uno de los tipos más nobles, nadie podrá decir en el país lo que el general Rayón debió á Valdivia Cureño.

CRISTINO VERGARA

I

México cuenta pocas ciudades tan pintorescas como Jalapa y Tepic, las dos inmediatas al mar, y separadas por veinte leguas, una del Atlántico, la otra del Pacífico. En Jalapa, lo mismo que en Tepic, en las dos extremidades de la gran cordillera mexicana, se encuentran las mismas masas de sombra y de verdura, los mismos jardines embalsamados, la propia temperatura, sucesivamente fresca ó tibia, ya soplen las brisas de las montañas ó del océano. Puede decirse que Tepic es, respecto de San Blas, lo que Jalapa de Veracruz, una especie de gran ciudad, adonde van los habitantes de las costas á olvidar por un momento las

penas y labores de su vida, á la sombra de los granados y de los naranjos. Había salido de Jalapa hacía un año, cuando llegué á Tepic y al término de mi viaje, y me parecía haber vuelto al punto de partida: tan grande es la semejanza de aquellas dos ciudades, igualmente favorecidas por el clima, situadas de la misma manera, como frescos oasis, entre los llanos calurosos de la costa y las cumbres heladas de la Sierra-Madre.

Recordará el lector que al salir de México para San Blas, encontré en el llano de Calderón, en las inmediaciones de Guadalajara, á un antiguo guerrillero, excelente guía y agradable compañero, llamado D. Ruperto Castaños. Con él caminaba en aquel momento; él era quien me había indicado la casa de Doña Faustina González, en Tepic, como punto de reunión en la ciudad. Á cosa de una legua de aquella ciudad, cediendo á una impaciencia demasiado justificada por nuestras penosas marchas por el corazón de la Sierra-Madre, adelanté al capitán, y me hallaba, hacía más de una hora, instalado bajo el techo hospitalario de Doña Faustina, cuando D. Ruperto, fatigado y conmovido, llegó á la casa.

— ¿Ha tenido usted algún encuentro desagradable?

le pregunté, sorprendido al ver su emoción poco natural.

— Muy desagradable, en efecto, me respondió. Villaseñor se hallaba de vuelta en el país, y nos encontramos muy cerca del pueblo de Palos Mulatos.

— Me está usted hablando en enigmas, mi querido capitán; ni conozco á Villaseñor, ni el pueblo de Palos Mulatos.

— Tiene usted razón; pero va usted á comprenderme.

Villaseñor es un antiguo oficial, que cuando la guerra de independencia servía en calidad de capitán en las filas españolas. Hecho prisionero en una escaramuza por uno de mis compañeros de armas, un *gaucho* que procedente de Chile había llegado á México, y que se llamaba Cristino Vergara. Villaseñor no salió de sus manos sino para sufrir unos tormentos indecibles. Hoy han transcurrido muchos años desde la época en que los azares de la guerra hicieron caer momentáneamente á Villaseñor en poder de Vergara. El antiguo prisionero del gaucho ha vuelto á México, que no había visto desde las luchas de 1811. Á él es al que acabo de encontrar en la garita de Tepic, y he tenido la desgracia de pronunciar delante de ese hombre, que

es enemigo mortal de Cristino Vergara, algunas palabras que no olvidará.

— ¿Cuál es esa fatal revelación? pregunté sonriéndome al capitán.

— Se dijo á Villaseñor que Cristino Vergara habitaba el pueblo de Palos Mulatos.

— ¿Y qué?

— ¿Cómo, y qué? El pueblo de Palos Mulatos se halla á poca distancia de Tepic, y dentro de algunas horas, tal vez uno de esos hombres, el gaucho ó el español, habrá cesado de vivir. ¿Comprende usted ahora?

— Comprendo que si quiere usted reparar su aturdimiento, sólo nos queda un partido que tomar, por muy fatigados que estemos, y es no descansar aquí más que un momento, é ir á dormir á Palos Mulatos, á la casa de su amigo de usted, el gaucho Vergara.

El capitán me dió las gracias por haber tomado la iniciativa de una proposición que no se había atrevido á hacerme. Palos Mulatos es un pueblo, perdido en medio de los bosques, en el camino de San Blas. Podíamos, pues, sin separarnos de nuestra ruta, visitar á Cristino Vergara. Sólo tenía yo pesar, separándome de Tepic el mismo día de mi llegada; era privarme de

una semana de descanso en una población tan encantadora: sin embargo, yo era libre para volver cuando hubiese terminado los negocios que me llamaban á San Blas, y una vez fuera de Tepic, en el camino de los bosques inmediato á la mar, me entregué á serias reflexiones, que no podía alejar de mi mente, pensando en el drama en que por la indiscreción de mi compañero de viaje, me veía repentinamente obligado á desempeñar un papel.

En el camino, el capitán me dió nuevos pormenores sobre el hombre que íbamos á ver. El gaucho Vergara había conservado en la vida doméstica todos los hábitos de crueldad que le hacían temer de sus compañeros de armas. El capitán Villaseñor no era el único que tenía motivos para quejarse de aquel terrible hijo de las cordilleras. En medio de la pacífica población, adonde había ido á establecerse, Cristino Vergara se había creado implacables enemigos. Cuando se instaló en Palos Mulatos, el chileno condujo, además de su mujer, un hijo ya grande, y dos niñas de corta edad. Apenas acababan de llegar, cuando su hijo emprendió una guerrilla con un cazador muy conocido en las inmediaciones del pueblo. Este cazador, nombrado Vallejo, mató al imprudente agresor; pero á pocos días,

cayó él mismo mortalmente herido por una bala dirigida por Cristino. El hijo único del cazador, Saturnino, ofreció á su padre moribundo que lo vengaría, y aunque pareció haber olvidado su promesa desde aquel día, los vecinos de Cristino creían que, tarde ó temprano, los sucesos se complicarían, y que aquel negocio debía terminar en un duelo terrible, entre el joven cazador y el viejo gaucho.

— Estas costumbres le causan á usted admiración. ¿Qué quiere usted? cuando estalla la guerra civil en alguna parte, siguen inmediatamente las querellas de familia. Ahora tenemos, al menos, alguna probabilidad de separar á los combatientes, y si es usted de mi opinión, debemos apresurar el paso para llegar á tiempo.

No me hice repetir estas palabras, y los caballos frescos que habíamos tomado en Tepic, secundaron nuestra impaciencia. Habíamos salido, el capitán y yo, á cosa de las cuatro de la tarde de la casa de Doña Faustina, y á las seis nos hallábamos ya á la vista de los grandes bosques que anuncian la proximidad del océano Pacífico. Entre el mar y aquellos bosques que abrigan con sus verdes ramajes una de las poblaciones más curiosas de México, hay más de un punto de

comparación. En las olas, como en el follaje, son los mismos rayos los que reflejan, los propios murmullos los que se escuchan, y el mismo aspecto de majestuosa inmovilidad el que se presenta á la vista del viajero. En vano se buscaría en aquellos bosques, lo mismo que en el océano, un sendero ó un camino trazado. Excepto algunos surcos, algunos rastros de bestias feroces, ningún camino abierto divide las ramas de los arcos y de los fresnos que dominan por todas partes las cimas de los palmeros. El único ruido que anuncia la presencia del hombre en aquellos grandes bosques, es el de algún carro cuyas ruedas rechinan á lo lejos, al esfuerzo de un tiro de bueyes jadeantes. En varios puntos aparecen algunas cabañas, aisladas unas, otras agrupadas, formando una población. Esa clase de hombres, encerrada en el seno de una naturaleza virgen, arrostra una vida de luchas y de aventuras que la familiariza desde temprano con el peligro. Abandonando el límite del bosque á las poblaciones industriales y pacíficas, los hombres del bosque no tienen la menor relación con los hombres del llano. Son por naturaleza violentos y huyen del freno de las leyes y del contagio de las ciudades.

Así es que los cazadores mexicanos no salen de sus

madrigueras más que para vender las pieles de los cabritos, con cuya carne se alimentan, ó para cambiar por cualquiera cosa el despojo de los jaguares que matan. Además de los malhechores, en continua opresión con la justicia, los bosques mexicanos encierran también, aunque en corto número, antiguos restos de las guerras de independencia, partidarios escapados de las luchas revolucionarias, que buscan en la caza una compensación de las emociones que sentían durante la guerra. Tales eran los hombres en medio de los cuales iba yo á pasar una noche, antes de llegar á San Blas.

Ya debe comprenderse que en el momento de penetrar en aquella tierra prometida de la *Bohemia* mexicana, me felicité de la casualidad que me ofrecía por compañero, en aquella peligrosa travesía, á un antiguo capitán de guerrilla, que estaba seguro de encontrar amigos por todas partes, tanto bajo el techo de los *jacales*, como en los cuartos de las *ventas*; tanto en las veredas abiertas en medio de aquellos bosques vírgenes, como en los caminos reales.

Vivamente iluminados al principio por los rayos del sol poniente, obscurecidos en seguida por el crepúsculo, los bosques parecían aproximarse á nosotros,

pero insensiblemente, y nosotros deseábamos llegar á aquellos frescos lugares, que los forzosos rodeos del camino alejaban sin cesar, á pesar de nuestros esfuerzos. Habíamos entrado en la zona ardiente que rodea á San Blas, y el cielo que acababa de teñirse con la luz que producía el sol al ocultarse, se encontraba ya iluminado por la luna, cuando por fin llegamos á la región boscosa, en cuyo límite debíamos encontrar el pueblo de Palos Mulatos.

— Otros cuantos pasos, y llegamos, me gritó el capitán. Dirigi mi caballo con la mayor alegría al centro de un inmenso prado. Apenas lo pisamos, cuando un riachulo bastante ancho, nos obligó á detener nuestros caballos. En la orilla opuesta del riachuelo, había algunos *jacales* que, por las rendijas de sus paredes de bambúes, permitían distinguir la luz rojiza de las lumbradas que había en el interior. Aquellos *jacales* ó *cañas* se hallaban situados en el centro de un valle pequeño, en el que las luciérnagas dibujaban cruzándose por todas partes, mil curvas brillantes.

— Ya hemos llegado, me dijo el capitán: estamos en el pueblo de Palos Mulatos.

Confieso que recibí mucho gusto al saber que habíamos llegado al término de nuestra penosa excursión.

El aspecto tranquilo y alegre de aquel pueblecillo, el calor sofocante que pesaba sobre nosotros desde nuestra salida de Tepic, el deseo de reposar á la sombra de aquellos bosques vírgenes, todos estos motivos me habrían decidido á escoger aquel punto para descansar, sin tener en cuenta las graves circunstancias que nos conducían. Nos faltaba pasar el riachuelo que defendía la entrada del pueblo, y observé bien pronto que el capitán, dirigiendo sus miradas á aquel riachuelo, ancho y profundo, tenía el aspecto del cazador que ha perdido la pista del animal.

— Con mil demonios, dijo el capitán, ¿en dónde está el puente que había en este lugar?

En aquel momento apareció un hombre en la otra orilla. Llamólo el capitán, y cuando estaba cerca :

— ¿No es éste el pueblo de Palos Mulatos? le preguntó. ¿En dónde está el puente que antes había aquí?

— En efecto, éste es Palos Mulatos; pero las últimas crecientes se llevaron el puente. Puesto que está usted á caballo puede usted ir á cosa de media legua de distancia, en donde hallará usted otro puente más sólido que ha resistido al torrente, y dentro de media hora estará usted en el pueblo.

— Dentro de media hora, ¡caramba! ¿y si es demasiado tarde?

— Hay otro medio: ve usted allá abajo, á la izquierda, una red de bejucos; también es un puente, un puente natural que les sirve á los habitantes del pueblo; pero le advierto á usted que no es seguro para las personas que van á caballo.

El capitán sacudió la cabeza; parecía desconfiar mucho del singular medio de comunicación que acababa de indicársele. Por mi parte, estaba decidido á entrar al pueblo lo más pronto posible, porque me había seducido su aspecto pintoresco. Propuse al capitán atravesar á pie el puente de *bejucos*, mientras que estirando mi caballo, él pasaría el río por el lugar que se le había indicado. D. Ruperto aceptó aquel arreglo.

— Llegando á Palos Mulatos, me dijo, tomando las riendas de mi caballo, preguntará usted por la cabaña del gaucho Cristino Vergara; le anunciará usted mi visita, y le suplicará usted, de mi parte, que mande asar medio cabrito. Marche usted, pues; ya lo alcanzo.

El guerrillero partió casi al mismo tiempo al galope; yo me dirigí al puente, y al cabo de algunos instantes me encontré á la entrada de aquella galería natural, formada por el tejido de mil plantas enredaderas. Á la orilla del riachuelo se extendía una intrincada mezcla

de palmeras y de nopales: los largos y fuertes bejucos que colgaban de las rocas, se habían enrollado alrededor del tronco de un palmero que había tronchado la tempestad, y había caído atravesando el torrente. Sostenido por los bejucos, y no tocando al suelo por ninguna de sus extremidades, aquel tronco ofrecía verdaderamente el aspecto de un puente, que ningún poder humano hubiera osado suspender con tal atrevimiento encima del abismo. Permanecí un momento indeciso entre la sorpresa y la admiración ante aquel débil camino, trazado encima de las aguas por un arquitecto misterioso. Me decidí, en fin, y di algunos pasos en el puente movable; pero casi en el instante, un choque inesperado imprimió al tejido de bejucos una violenta oscilación, y me faltó poco para caer. Recobrando el equilibrio, observé en la orilla opuesta á un hombre que se alejaba precipitadamente, y que desapareció entre los árboles. Vacilé por un momento en seguir mi camino; me determiné al fin, y á pocos momentos me hallaba al otro lado del riachuelo. El pueblo de Palos Mulatos se encontraba á pocos pasos de distancia, y me dirigí á los jacales, de donde salían y llegaban á mis oídos alegres y confusos clamores.

El pueblo se componía de una docena de cabañas.

Habiendo llegado á la primera de aquellas infelices habitaciones, pregunté por la del gaucho, y al momento observé en las fisonomías de las personas á quienes me dirigí, cierto embarazo y confusión.

— ¿Querrá usted hablar del *chileno*? me preguntó una joven ocupada en colocar algunas campánulas encarnadas en las negras trenzas de sus cabellos.

— Sí, hablo del *chileno*; ¿no se llama Cristino Vergara?

— Sí, señor; ¿ve usted á aquel nopal? La cabaña que está junto á él es la suya.

Dí las gracias á la joven, y fui á llamar á la cabaña del gaucho. Salió á abrirme un viejo de elevada estatura; á sus espaldas se hallaban una mujer inclinada por la edad y dos jóvenes: me encontraba en la habitación de Cristino Vergara, é inmediatamente cumplí con la comisión del capitán.

— ¿Se halla en el pueblo D. Ruperto Castaños?... exclamó con viveza el chileno. Será, como usted, muy bien recibido en nuestra humilde habitación.

— No he llegado aquí sin peligro, añadí riéndome, y ya sabré en lo de adelante que es preciso no atravesar un puente de bejucos, cuando está ocupado por otra persona.

— ¡ Por otra persona ! añadió el gaucho, cuyos ojos brillaron y cuya voz tomó repentinamente una extraña entonación.

— Sí; alguno se hallaba en el puente colgante en el momento en que yo pasaba, y como sin duda temió ser reconocido, atravesó el puente con un paso tan violento, que faltó poco para que me precipitase en el torrente.

Al hablar de esta manera, observé á aquella singular familia, á cuya habitación me había conducido la casualidad. El sombrío rostro del gaucho manifestaba una impaciencia penosamente contenida. La mujer de Cristino y la más joven de sus hijas, parecían escucharme con indiferencia ; pero no sucedía lo mismo con la hija mayor del chileno, y apenas hablé de mi encuentro en el puente de bejucos, cuando noté cierta turbación en su fisonomía. La curiosidad que había descubierto en sus miradas hasta aquel instante, se cambió en visible inquietud. Sus hermosos ojos negros fijos en mi rostro, parecía que me dirigían una súplica tierna y enérgica. ¿ Conocía al individuo á quien había yo encontrado en el puente colgante ? ¿ Temía por él la terrible cólera de Cristino Vergara ? y yo, sin quererlo, había cometido una indiscreción que podía

producir funestas consecuencias. Procuré indicar á la joven que había comprendido su mudo ruego.

— El hombre que huyó á mi vista, es evidentemente algún *salteador* de las inmediaciones, dije, que me habría despojado si me hubiese visto sin armas, y al que hizo huir mi equipo, casi militar.

Dí, sin embargo, esta explicación con cierto embarazo, que no podía escaparse á un observador menos penetrante, y el gaucho sólo me contestó con un movimiento de duda. Felizmente, la llegada del capitán dió otro curso á la conversación. Cristino Vergara se levantó apresuradamente, y alargó la mano á su antiguo camarada.

— Sea usted bien venido, le dijo á D. Ruperto ; le agradezco á usted que no haya olvidado que la cabaña de Cristino Vergara se encuentra en el camino de San Blas.

— Más me lo agradecerá usted, respondió el veterano, cuando sepa el motivo que me ha conducido á este lugar, el que no puedo descubrir más que á usted. En este momento veo que goza usted de buena salud, y que no hemos llegado tarde : es lo esencial, añadió, dirigiéndome una mirada de inteligencia. Veo también que Florencia es ya una muchacha grande y bonita.

Florencia era la hija mayor del gaucho; se alejó ruborizada, siguiéndola su hermano. El gaucho, con su mujer, marchó á cuidar de nuestros caballos. Habiendo quedado sólo con el capitán, no pude dejar de darle parte de la inquietud en que me habían dejado las palabras que había cambiado con Cristino delante de su hija. Florencia entró, en el momento en que iba á responderme el capitán. La joven daba vueltas por toda la pieza con una impaciencia mal disimulada. Creí comprender que deseaba que el capitán se alejase por un instante, y recordé á D. Ruperto lo importante que era prevenir al gaucho contra una asechanza probable de Villaseñor.

— Me muero de sed, dijo Castaños, y si esta preciosa muchacha me diera una poca de agua fresca, haría con mucho gusto lo que usted desea.

Alejóse Florencia, y volvió casi al instante trayendo una jarra de barro poroso, que presentó al capitán. Viendo aquella joven, hermosa y morena, inclinada hacia el veterano, que tenía el cántaro pegado á sus labios con la impasibilidad de un árabe, creía yo tener á la vista á la Rebeca de la Biblia. Cuando el capitán vació, sin tomar aliento, la mitad de la jarra, la devolvió á Florencia, y se alejó después de haber hecho

un cariño á la joven por vía de agradecimiento. Apenas había salido, cuando Florencia se acercó á mí.

— *La persona* á quien encontró usted en el puente, me preguntó temblando, ¿era joven ó viejo?

— No lo sé: sólo vi una sombra que desapareció inmediatamente entre los árboles de la orilla; ¿por qué me lo pregunta usted?

— ¿Por qué? dijo con una mezcla de orgullo y de timidez que me encantó: porque la sombra que ha visto usted es la de un joven á quien amo, y cuya vida corre peligro. Usted ha comprendido mis angustias; después de haber despertado las sospechas de mi padre, ha tratado de disiparlas. Le doy á usted las gracias.

— ¿No corre usted algún peligro?

— ¿Yo? Si supiera mi padre alguna vez el nombre de la persona á quien amo, me mataría.

Y hablando de este modo, la joven parecía desafiar á la muerte con una exaltación apasionada. Sus últimas palabras me hacían estremecer, y pensé involuntariamente en el hijo del cazador Vallejo, que había jurado un odio mortal á Cristino Vergara. ¿Qué otro nombre habría podido decidir al gaucho á herir á su propia hija?... Más y más conmovido y agitado, fui á sentarme delante de la cabaña, en un tronco de árbol,

desde donde podía observar todos los movimientos de la joven, que se había quedado en el interior. La vi que arrojaba combustible á la hoguera, cuya llama se avivó en el acto, arrojando su rojiza claridad, por los intersticios de la débil pared de bambúes. En seguida, salió Florencia, y fué á colocarse en el umbral, de manera que pudiesen verla desde lejos, gracias á los brillantes reflejos que la hoguera, nuevamente atizada, arrojaba sobre la joven. Florencia tenía bajo el brazo el mismo *cántaro*, en que había llevado el agua al capitán; su rebozo de algodón, negligentemente colocado en la cabeza, colgaba por encima de sus hombros, como el ropaje de las figuras bizantinas. Florencia permaneció algunos minutos inmóvil en aquella actitud: parecía una estatua gótica. La luna alumbraba á lo lejos el bosquecillo que abrigaba el puente, y en medio de la viva claridad que bañaba á la joven, era imposible que ninguno de sus movimientos se escapase á la atenta mirada de un joven que se hubiese mantenido oculto, bajo la cortina de verdura del puente.

Entonces comprendí que Florencia se disponía á dar una señal. Comenzó por quitarse, lentamente y con naturalidad, el *rebozo* que la cubría. Lo enrolló for-

mando una especie de *rodete*, que colocó en la cabeza para sostener el cántaro, de base estrecha, que los españoles imitaron de los moros é importaron á México; en seguida, elevando su brazo desnudo y torneado á la altura del *cántaro*, fingió avanzar al riachuelo para llenarlo. Parecía que la joven poseía el arte de transformarse en medio de la claridad que la envolvía de pies á cabeza, y que ponía en relieve, en la sombra lejana del valle, su talle esbelto y el brillo de sus brazos y espaldas desnudas, su actitud nada tenía de la inocencia de la escultura gótica; pero ligera y provocante, se asemejaba á las jóvenes madianitas, por las que los hijos de Israel incurrieron en el pecado. Florencia había avanzado con indiferencia hacia el riachuelo, cuando repentinamente dió un grito semejante al de una tigre herida, dejó caer el cántaro, que se hizo mil pedazos; vaciló un momento en lanzarse al torrente, pero se detuvo sin duda por efecto de la reflexión, y se inclinó como para recoger los restos del cántaro.

Casi al instante adiviné la causa de aquella repentina emoción. Más feliz que Florencia, que no podía llegar hasta el riachuelo sin exponer la vida de su amante, la misma joven que, un momento antes, me había

indicado la cabaña del chileno, caminaba cantando hacia el puente colgante, con la cabeza, no cargada con un cántaro, sino adornada con las campánulas que colocaba en sus cabellos cuando le hablé. En el acto preví que era la rival de Florencia, y me causó piedad la desgraciada hija de Cristino Vergara. Me acerqué á Florencia con el pretexto de aguardarla : con mano temblorosa recogía los pedazos del cántaro esparcidos en el musgo.

— Vaya usted á advertirle, me dijo con voz imperiosa y conmovida, que si le habla á esa muchacha, hago que mi padre nos dé á los dos de puñaladas.

— ¿ Á quién he de ir á hacer esa advertencia ?

— Á Saturnino.

— ¡ Á Saturnino !... repetí yo espantado. ¡ Y qué ! ¿ la hija de Cristino Vergara ama á Saturnino Vallejo ?

— Sí, lo amo, y ya sabe usted ahora que corren riesgo nuestras vidas si le digo á mi padre una sola palabra. Vaya usted, yo se lo suplico ; Dios le pagará á usted esta obra de caridad. Encontrará usted á Saturnino en el puente de bejucos.

En aquel momento, el gaucho y el capitán aparecieron en la puerta de la cabaña. Comprendí que no debía vacilar, y me alejé antes que el capitán me hubiese visto, mientras que la joven entraba en la cabaña.

Caminando á pasos lentos hacia el frente, hice la siguiente reflexión : ¿ Correspondía Saturnino á Florencia el amor que ésta no había podido ocultarle ? Y en caso contrario, el imprudente que se atreviese á ir á turbar aquella cita amorosa, ¿ no se exponía á ser muy mal recibido ? Sin embargo, me persuadí de que hay en la pasión violenta y real un irresistible imperio, que somete á su yugo á los que la han causado, sobre todo cuando unen al magnetismo de la pasión el no menos poderoso de la juventud y de la belleza. Adelantéme, pues, hacia el puente, seguro de encontrar á Saturnino, á pesar de las provocaciones de la joven de las campánulas rojas, en una situación de espíritu y de corazón semejante á la de Florencia. Caminé, sin embargo, hacia el objeto de mis investigaciones con